

FELIX HERNANDEZ

ANA M.^a VICENT

Acepto con gusto el honor que don Gratiniano Nieto Gallo, Rector Magnífico de la Universidad Autónoma de Madrid, me ha hecho al invitarme a hablar de la persona de don Félix Hernández, arquitecto y arqueólogo, en esta sesión de homenaje a tres Maestros de la Arqueología española. Es una pena que la muerte de unos maestros, tan diversos, haya sido la triste ocasión de reunir a los presentes. Cada época es un tiempo de transición, pero ahora parece que los cambios se suceden con mayor rapidez, que más cosas antiguas y queridas se nos mueren o se van. Los maestros que hoy conmemoramos, junto con otros de su época, bastantes de ellos fallecidos, eran el símbolo de renovaciones y hallazgos fundamentales en los campos de su especialidad respectiva. Aún tenían mucho que aportar, así me consta ciertamente por lo que se refiere a don Félix Hernández. Todos hemos bebido, de una u otra forma, de la sabiduría de ellos, a través de sus publicaciones o de viva voz. De esta última manera, más personal, me siento especialmente en deuda con don Joaquín María de Navascués y, sobre todo, con don Félix Hernández. Sin embargo, debo decir que antes de conocer siquiera el nombre de estos dos maestros, desde el comienzo de mis estudios en la Universidad de Valencia, me resultó familiar el nombre y parte de la obra del tercero de los conmemorados, don Pedro Bosch Gimpera; tuve que mencionarle muchas veces por mi cargo de ayudante en la citada Universidad y, después, por mi ayudantía y adjuntía en la cátedra de Prehistoria de la Universidad de Madrid.

En mi época de Madrid conocí personalmente al profesor Navascués cuando como interina del Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos trabajaba en el Museo Arqueológico Nacional, del que era director; en este tiempo colaboraba yo con el profesor Almagro en el Ins-

tituto de Prehistoria, allí instalado, mientras preparaba las oposiciones de conservadora de Museos. Y más tarde, por poco de la mano de don Joaquín, conocí a don Félix Hernández.

Creo que entre los tres personajes que hoy conmemoramos podemos encontrar algunas coincidencias. Con el doctor Bosch Gimpera tiene de común don Félix Hernández su origen catalán. Supongo que en su vida profesional también otros lazos les unirían; por lo menos con ocasión de la Exposición Internacional de Barcelona del año 29, en cuya preparación, en lo que a materiales arqueológicos se refiere tanto intervino el doctor Bosch Gimpera, lo mismo que don Manuel Gómez-Moreno; es casi seguro que con este motivo se cruzaran cartas, pues sabemos que materiales de Medina Az-Zahra figuraron en la magna Exposición. En el archivo del Museo se conversa un epistolario entre don Pedro Bosch Gimpera, y también don Manuel Gómez-Moreno, con don Samuel de los Santos, a propósito del traslado de piezas a Barcelona, mencionándose de pasada a Medina Az-Zahra y al «arquitecto Hernández».

Entre don Félix Hernández y don Joaquín de Navascués hubo una estrecha relación que se inició en los años en que el señor Navascués era director del Museo Arqueológico de Córdoba, y miembro, junto con don Félix, de la Comisión Provincial de Monumentos y, sobre todo, de la Comisión Directora de las Excavaciones de Medina Az-Zahra. Esta relación se refleja también en los libros de Registro del Museo de esa época, donde figuran materiales arqueológicos entregados por don Félix a don Joaquín. La relación se mantuvo a través del tiempo, y, así, después de la guerra, ambos, junto con don Samuel de los Santos, sucesor de don Joaquín y antecesor mío, buscaron y encontraron con una gran visión de futuro la actual y espléndida sede del Museo Arqueológico de Córdoba en el antiguo palacio de los Páez de Castillejo. A veces, cuando yo ponderaba a don Félix la magnífica restauración que realizó de la casa de los Páez, él me decía modestamente que en este caso lo más inteligente había sido la elección del edificio, lo cual se debía al profesor Navascués. Esta modestia, precisamente, es uno de los rasgos que caracterizan, como veremos, la personalidad de don Félix.

— 0 —

Conocí personalmente a don Félix de una forma muy natural, naturalidad que se manifestaría hasta última hora en nuestra amistad. Fue

a comienzos del otoño de 1959. Yo terminaba de ganar la plaza de Conservadora del Museo Arqueológico de Córdoba y me encontraba en el Instituto «Rodrigo Caro», consultando bibliografía. Don Antonio García y Bellido, q. e. p. d., me presentó: «Esta es la nueva directora del Museo Arqueológico de Córdoba», dijo. Recuerdo, así me pareció entonces, que don Félix me miró con cierta ironía un tanto compasiva. Tal vez pensara en los grandes montones de materiales desordenados que en Córdoba me esperaban. Esa misma expresión, con diversos matices, como lucecitas que se encienden en los ojos, la vería durante dieciséis años muchas veces, cuando comentábamos acontecimientos arqueológicos u otros temas, agradables o desagradables. Este primer encuentro fue breve; él estaba trabajando y yo me sentía cohibida. Le conocía sólo a través de algunas de sus publicaciones y sobre todo por su labor como Arquitecto Restaurador, pero era la primera vez que le veía.

Poco rato después coincidimos en la puerta de la calle. Recuerdo que le pregunté si me sería fácil conseguir en Córdoba alojamiento; dudó un poco y me contestó: «¿No va usted a ocupar el piso?» No sabía que tuviera un piso; tardé dos años en alojarme en él. Nos despedimos. Yo quedé pensando largo rato en don Félix Hernández. Curioso señor, probablemente por nuestro trabajo deberíamos tener en Córdoba relación; no sabía qué pensar. Al poco tiempo, ya en Córdoba, me visitó el señor Navascués; no tenía noticia de que conocía ya a don Félix y quiso presentármelo para que yo, inexperta en los problemas relacionados con la intrincada política arqueológica cordobesa, pudiera tener en don Félix un consejero.

En esos días subimos los tres a Medina Az-Zahra y a la vuelta almorzamos en un hotel de la carretera del Brillante. A los postres yo solté al camarero: «¿Tienen naranjas?». Se me echaron encima los dos: «¡Qué se habrá creído esta valenciana, en Córdoba están las mejores naranjas del mundo!» (no quise discutir con mis superiores, pero esto sigo poniéndolo en duda). La respuesta de esos caballeros me dio un poco la medida de su gran amor a Córdoba.

— 0 —

¿Pero quién era don Félix Hernández? En cierta ocasión le reclamé unos escritos y, empleando términos propios de la profesión, le rogaba que excavara entre sus papeles, a lo que él contestó «que no ha-

oía dado con el estrato correspondiente, pero que continuaba las prospecciones». Pero más difícil que excavar en sus papeles era profundizar en los «estratos Hernández». Sin embargo, como me considero persona de recursos, con ocasión de haber sido nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad Técnica de Berlín, conseguí algunos datos que, junto a los que me proporcionó el Instituto Arqueológico Alemán, los obtenidos a través de conversaciones con don Félix y los entresacados de su obra escrita y de diversas fuentes, me han permitido esbozar una semblanza biográfica.

Don Félix Hernández nació en Barcelona el 21 de junio de 1889; ahora, pues, hubiera cumplido ochenta y seis años. Esto en cuanto al Documento Nacional de Identidad. Pero su propia hija asegura que se ponía dos años más, es decir que tenía dos años menos; lo cual indica ya lo difícil que resultaba excavar en los «estratos Hernández». Estudió en Barcelona el bachillerato y la carrera de Arquitectura. Ingresó en la Escuela en el año 1906 y terminó en 1912. Se sabe por testimonios de compañeros suyos, por ejemplo del arquitecto Florensa, que era alegre y simpático, inquieto, todo lo contrario de lo que se suele llamar un empollón, y muy inteligente; tenía afición a leer y sentía mucho la poesía. A lo largo de su vida mantuvo y aumentó su gusto por los clásicos. En su última enfermedad comentamos pasajes del «Quijote», libro que tenía abierto en su mesita de noche.

En el curso 1908-1909, cuando contaba diecinueve años, José Pijoán, el historiador del Arte, dio en la Escuela de Arquitectura de Barcelona, de la que era profesor, unas conferencias. Pijoán tenía entonces veintisiete años. Parece ser que estas charlas encauzaron la ya latente vocación de don Félix Hernández.

Cuando terminó la carrera inició en Barcelona una efímera actividad profesional construyendo, p. e., una casa en la esquina de las calles Tárrega y Pinar del Río. Luego fue arquitecto de Hacienda y Municipal de la ciudad de Soria, donde conoció a la que después sería su esposa, doña Victoria Sanz Legaz. Allí tuvo su primer contacto vital con la Arqueología de campo. Ya en 1915 efectúa el levantamiento del plano de un sector de Numancia; tenía veintiséis años. Por estas fechas unos amigos le invitaron a Sevilla.

— 0 —

La estancia en Sevilla fue fundamental para el futuro cauce de su vida profesional. En la bella ciudad del Bajo Guadalquivir sintió fuer-

temente la llamada del Sur. Probó abrirse allí camino, a pesar de tener su novia en Soria, pero en este tiempo no consiguió sus propósitos aunque recibió buenos consejos. Se enteró de que se hallaba vacante la plaza de Arquitecto Municipal de Linares (estos datos los conocí a mediados del pasado febrero, con ocasión de un viaje a Sevilla, que fue por cierto, la última salida de su casa; tenía una rodilla enferma que le dificultaba andar y por eso le acompañamos; a la vuelta, ya de noche, entreabrió la reservada alcoba de sus recuerdos). Las autoridades municipales de Linares preferían un arquitecto soltero, en bien de sus mocitas en edad de merecer. Don Félix calló su romance y obtuvo la plaza.

En Linares se enteró, por un contratista, que se le habría un campo profesional en Córdoba y, aunque esta empresa naufragó, se quedó ya en la capital de la Bética y del Califato deslumbrado por sus bellezas arquitectónicas, el embrujo de sus callejas y su riqueza arqueológica.

Después, el Ayuntamiento de Córdoba le embarcó en un proyecto de reformas y expansión urbanística de la ciudad, pues le consideraba un valioso e inteligente arquitecto. Trabajó pronto amistad con la erudición local y por su conocimiento, ya en esta época bastante profunda del arte cordobés, le nombraron miembro de la Comisión Provincial de Monumentos. Por esas fechas (1921) empieza a entregar piezas al Museo Arqueológico procedentes de obras particulares, pues al contrario de tantos arquitectos y propietarios, para don Félix los materiales arqueológicos tenían ante todo un valor de documento histórico.

Como profesional de la Arquitectura se le considera uno de los introductores en Córdoba de las novedades técnicas de la época. Muestras abundantes de su estilo se hallan en muchas calles y plazas céntricas de la ciudad, siempre situadas fuera de las zonas histórico-artísticas. Pero su progresiva dedicación, cada vez más exclusiva, a las tareas arqueológico-artísticas redujo paulatinamente sus actividades de arquitecto constructor, con detrimento incluso de sus ingresos económicos. En este giro de su personalidad profesional jugó un papel de primer orden Medina Az-Zahra.

— 0 —

El 31 de agosto de 1939 falleció en Madrid don Ricardo Velázquez Bosco, director de las Excavaciones de Medina Az-Zahra y restaurador de la Mezquita-Catedral de Córdoba. Don Félix no conoció a don Ricardo; sólo una vez que éste pasaba por la calle le dijeron: «ése es don

Ricardo». A raíz de la muerte de Velázquez Bosco se pensó que su continuador como arquitecto en el yacimiento califal debería ser don Félix Hernández. Inmediatamente se constituyó una Comisión Delegado-Directora de los trabajos de excavación en Medina Az-Zahra, de la que formó parte, junto con los señores R. Jiménez, R. Castejón, E. Ruiz y J. M. de Navascués. De los cinco miembros de dicha Comisión los más significados eran don Félix y don Joaquín María de Navascués, quien fue el ponente de la memoria publicada, con plantas y dibujos de don Félix. Los trabajos del año siguiente en Medina Az-Zahra y los que en el yacimiento se realizarían desde entonces en adelante, corrieron siempre bajo la responsabilidad directiva de don Félix Hernández, aunque en muchas ocasiones figurara su nombre junto con el de otros señores de la Comisión.

Parece que esta designación en el año 1924 fue decisiva para enfocar sus preferencias hacia el arte y la arqueología califales, campo en el que muy pronto será un especialista y que le conducirá a convertirse en una figura de talla internacional. Por entonces, Arquitecto Municipal, estudiaba la Mezquita, aparejos, puentes y acueductos, basas y capiteles, etc., empezando a reunir dibujos, fotografías, notas, textos árabes y muchas observaciones que irá desarrollando en futuros trabajos, algunos de ellos todavía inéditos o inconclusos. En el mismo año pronuncia una conferencia en la Real Academia de Córdoba, que se publicará más tarde, en sesión presidida por Pierre París.

Pero la obra principal suya de este tiempo, y quizás la más importante de toda la historia de los descubrimientos en la ciudad palacio de Medina Az-Zahra, sea el levantamiento minucioso y exactísimo del plano del entero recinto del yacimiento. Las fuentes árabes describieron toda la serie de palacios, salones, edificios administrativos, cuarteles, etc., de la gran ciudad-palacio califal. Los eruditos, a pesar del error de Ambrosio de Morales, ubicaron en «Córdoba la Vieja» la situación de la espléndida ciudad; pero su descubrimiento científico se debe a Pedro de Madrazo, en 1854. El segundo descubrimiento se realizó en 1910, año en que empiezan las excavaciones sistemáticas de Velázquez Bosco; pero, como se ha dicho por escrito algunas veces, el total descubrimiento de Medina Az-Zahra, se consumó en 1924, gracias al plano topográfico de don Félix Hernández. Este plano se levantó a escala 1:800, con curvas de nivel equidistantes un metro, y en él figuran todos los restos excavados por Velázquez Bosco y también una serie de vestigios no excavados y a penas aflorantes del suelo, guía ne-

cesaria e imprescindible desde aquellas fechas para poder continuar de forma ordenada los trabajos de campo. Por vez primera se conoció con exactitud el trazado de sus murallas y todo el perímetro y extensión del yacimiento, que forma un rectángulo de 1.500 por 750 metros. Ya en este momento, gracias al plano levantado por don Félix, se podían poner en más segura relación, aunque todavía con problemas, las fuentes escritas musulmanas con los datos de campo del yacimiento. El avance en el conocimiento de la mayor y más suntuosa ciudad-palacio del antiguo mundo islámico ha sido desde entonces espectacular.

Medina Az-Zahra fue para don Félix Hernández «la niña de sus ojos». La primera etapa de sus trabajos se fecha entre 1924 y 1936. Además del citado plano, en trabajos generales de limpieza se identificó a partir de la espalda del salón occidental, la muralla general de la ciudad, que se siguió en dirección hacia Occidente, estudiándose las distintas rampas que comunicaban los aterrazamientos; también se hallaron diversas mansiones muy extensas y se terminó de excavar el gran edificio que se suponía vivienda del califa. En una fase avanzada de esta primera etapa de trabajos, empezó don Félix una serie de restauraciones, que afectaron a parte de lo excavado y, sobre todo, a los grandes muros de sostén de las antiguas terrazas, que así quedaron bien visibles para el público.

La segunda etapa de los trabajos de Medina Az-Zahra por don Félix Hernández empezó en 1944 y llega hasta su muerte. En esta segunda etapa ha habido una gran actividad de excavación y restauración en la que destaca el descubrimiento de por lo menos tres palacios o pabellones, la Mezquita, una serie de calles y de recintos amurallados interiores. Lo más sobresaliente ha sido, quizás, la excavación y restauración del pabellón que don Manuel Gómez-Moreno llamó «Salón Rico».

Anteriormente las excavaciones proporcionaron abundantes fragmentos de decoración tallada en piedra, pero no se conocía bien salvo escasas excepciones su posible situación originaria, dado que se trataba de piezas erráticas y desplazadas de su contexto. En el pabellón del «Salón Rico», aunque en muchas zonas arrasado, tuvo la suerte de encontrar algunos pocos elementos constructivos y decorativos in situ y muchos fragmentos de ataurique caídos. Con todo ello pudo reconstruir la planta y alzado y también la decoración del más suntuoso pabellón descubierto en Medina Az-Zahra, que los hallazgos epigráficos permiten fechar en la época de Abd-al-Rahman III, entre los años 953/54 y 956/57

después de Jesucristo, dando, además, los nombres de los artesanos que trabajaron en la decoración.

Como luego veremos, don Félix ha dejado una obra escrita considerable en la cual no hay trabajo alguno hecho a la ligera; su labor en este sentido es de lo más minucioso, riguroso, profundo, sincero y denso que se pueda pedir a ningún investigador. Sacrificó la cantidad a la calidad. Esta misma rigurosidad científica, en extremo precisa, que no concede nada a la hipótesis sin comprobar, se aplicó a la restauración del citado pabellón de Abd-al-Rahman III o «Salón Rico». No creo que ningún país del mundo pueda presentar algo análogo en materia de restauraciones. Es increíble el gran trabajo de constancia, paciencia, tenacidad, inteligencia, imaginación controlada, dotes de observación y perspicacia científica que don Félix dedicó a la restauración de este edificio desde 1944 hasta la víspera de su muerte, es decir, a lo largo de treinta años casi sin interrupción.

En este salón volcó todas sus energías y, aunque todavía su entera decoración no ha sido colocada en el lugar originario, lo dejó en tal estado que se halla ya resuelta la mayor parte de sus complejos problemas en cuya solución juega un gran papel el estudio de las luces, bien frontales, bien laterales.

Ejemplo típico del proceder de don Félix nos lo proporciona el caso de otro espléndido pabellón, abierto por sus cuatro caras, que excavó en el centro de la plataforma que se halla enfrente del «Salón Rico». Aquí no se atrevió a abordar el dificultoso trabajo de restauración, por el tiempo que en ello hubiera tenido que emplear. Por esta razón, consciente de su avanzada edad, me decía hace pocos años que prefería dejar bien encauzada la restauración del «Salón Rico». En cambio, hacia el Oeste del «Salón Rico» y a un nivel un poco más alto, sin llegar a la terraza superior, después de excavar un nuevo sector se ilusionó con la restauración de otro fastuoso pabellón que allí descubriera. De esta obra, consolidada en su planta y recrecidos sus muros para su conservación, ha dejado ya levantados con gran parte de su decoración tres suntuosos arcos, tarea que llevaba adelante en el momento de su muerte, junto con la excavación de otra zona en el sector occidental del yacimiento.

— 0 —

Don Félix ha sido criticado muchas veces de la lentitud con que procedía, tanto en su obra escrita como en sus restauraciones. Este

defecto, si así lo podemos calificar, es la consecuencia de una gran virtud: su fanático amor a la verdad. Ya hacia el año 27, con motivo de la restauración del alminar de San Juan de los Caballeros, en Córdoba, se le criticaba «su excesiva probidad científica». La probidad científica, pienso yo, es excesiva sólo para aquellos que, en una restauración o en un estudio de investigación, confunden el trabajar de cara a la galería o la hipótesis brillante o el efectismo de una decoración improvisada con el duro, callado, modesto e inteligente ejercicio de la verdad honrada y desnuda.

— 0 —

Otro caso típico del proceder de don Félix nos ofrecen sus trabajos en la Mezquita-Catedral de Córdoba. Desde 1930 en adelante efectuó obras en el monumento, primero como comisionado del arquitecto conservador de monumentos de la Sexta Zona, y desde junio de 1936 en calidad de arquitecto conservador de dicha Zona y también de la Mezquita. No le entusiasmó continuar con los muy vistosos trabajos de restauración de portadas exteriores. Había ya estudiado los artesonados de la Mezquita en un memorable artículo publicado en 1928, y, a pesar de ser quien dio la correcta solución al problema y de conocer como nadie los secretos de esas techumbres, no se dedicó a reponer el antiguo artesonado, lucido tema para él sumamente fácil. Prefirió abordar cuestiones que se referían a la investigación del subsuelo para aclarar la historia del monumento mediante excavaciones. Consolidó la estabilidad de muros y columnas a lo largo de esas obras, ya que su primordial responsabilidad respecto a la Mezquita-Catedral, era, aparte de conocer su historia y estudiar sus elementos, la íntegra conservación para el futuro de la permanencia en pie de un monumento por sí algo frágil. En esta línea una de sus máximas preocupaciones era la preservación de sus tejados, fuente inagotable de reparaciones, documentadas desde época medieval hasta nuestros días. Por ello, otro de los grandes legados de don Félix a la conservación de la Mezquita ha sido la pacientísima y escondida labor de dotar a todos sus techos de unos canalones impermeables de plomo, siguiendo los resto antiguos que, junto con un perfecto sistema de desagüe previene al edificio de la destrutiva acción de la lluvia. Todavía a finales del último invierno, poco antes de quedar definitivamente inmovilizado por la enfermedad, recorría una vez más, a sus ochenta y cinco años, los tejados de la Mezquita. En

resumen, con gran sentido de responsabilidad profesional, prefirió el escondido trabajo de consolidación e investigación a una labor vistosa de público lucimiento personal; una vez más sacrificó a la ciencia la apariencia.

El perfecto conocimiento de la Mezquita le obligaba moralmente, según se ha dicho por escrito y como le rogaron muchas veces, a reunir sus infinitas observaciones en un libro de síntesis que, dado el carácter de don Félix, por fuerza debía ser también un tratado muy analítico sobre el tema. En efecto, tomaba muchas notas en vistas a ese libro que suponemos fue pasando a limpio y elaborando en estos últimos años.

Parte de su experiencia acerca del impar monumento se puede ahora apreciar a través de su publicación titulada «El codo en la historiografía árabe de la Mezquita Mayor de Córdoba», que da más de lo que promete su título y por ello, acertadamente, es subtitulada «Contribución al estudio del Monumento». Otra contribución escrita al edificio es su estudio sobre el «Almimbar móvil del siglo x de la Mezquita de Córdoba», donde a propósito de este mueble dedica importantes páginas de interés arquitectónico. También su última publicación, el poderoso libro sobre el Alminar de Abderraman III, es otra valiosísima aportación al estudio de la Mezquita, suscitada en este caso por don Manuel Gómez-Moreno en 1930. Aparte de estas publicaciones, muchos datos sobre la Mezquita hallados y divulgados verbalmente por don Félix Hernández los han dado a conocer diversos autores en sus publicaciones, a veces sin citar la fuente originaria, como ocurre también con el caso de Medina Az-Zahra y otros monumentos.

— 0 —

Don Félix no sólo fue el hombre de Medina Az-Zahra y de la Mezquita, aunque éstas sean sus obras principales. Su vasta formación arqueológica, histórica y artística le consintió practicar excavaciones en varios yacimientos romanos, visigodos y musulmanes. Esa misma preparación le capacitó magistralmente para llevar a buen término, o encauzar adecuadamente, los encargos oficiales de restaurar una larga serie de medio centenar de monumentos, que van desde dólmenes prehistóricos hasta edificios del siglo XVIII. Casi todas estas obras se re-

parten por Extremadura y por las provincias andaluzas de Córdoba, Sevilla, Cádiz y Huelva. En su mayoría se llevaron a cabo después de la guerra. Doy aparte una lista, tal vez no completa, de las restauraciones que proyectó y dirigió, advirtiendo que en algún caso la continuación de ciertas obras iniciadas ha recaído en arquitectos como don José Menéndez Pidal, don Rafael Manzano, don José Antonio Gómez-Luengo u otros. Se sabe que las memorias que acompañaban los proyectos de restauración de los monumentos eran en ciertas ocasiones auténticas monografías dignas de publicarse. Escrupulosos criterios aplicó don Félix a todas sus restauraciones. En una de sus primeras publicaciones, ya tan maduras, dijo que «en materia de restauraciones no deben ejecutarse soluciones que no estén plenamente autorizadas por datos indubitables».

— 0 —

La amplitud de sus inquietudes científicas no se limitaaba a la época musulmana, aunque con frecuencia de esta época partiera el estímulo. La afirmación es evidente para quien lea algunos de sus artículos dedicados a temas de geografía histórica. Asombra en ellos el magistral recurso continuo a los topónimos contenidos en las fuentes árabes, corrigiendo a veces la lectura aceptada en las ediciones corrientes, o a los datos geográficos tomados de autores de época romana y también el constante uso de textos documentales medievales, mostrando todo ello una singular erudición especializada en épocas muy diferentes. Se añadió a esto un conocimiento geográfico nada común de las regiones, caminos, ciudades y aldeas o castillos de que se ocupó, conocimiento logrado teóricamente a través de los modernos mapas topográficos, o también de otros más antiguos, y de la sabiduría adquirida directamente sobre el terreno en sus excursiones a pie. Testigos oculares nos han dicho que aún desde pueblos que contaban con trenes o autobuses se dirigía andando a su próxima cita geográfica, lo cual le permitía acumular más observaciones para sus trabajos. No es raro, pues, que descubriera calzadas romanas, caminos musulmanes, puentes, castillos, etc. También en este caso, en sus trabajos de geografía antigua, se acumula una gran cantidad de información sobre temas históricos y arqueológicos insospechados al que se limite a leer el simple enunciado de los títulos de sus artículos.

Lo mismo ocurre con sus estudios, publicados en 1930 y 1932, sobre la influencia del arte califal cordobés en la Cataluña de los siglos x y xi. De paso, recordaré que don Félix hablaba correctamente el catalán, que seguía de cerca las incidencias del club de fútbol Español de Barcelona, y que en su nutrida biblioteca contaba con numerosos libros sobre su tierra natal. No es raro, pues, que cuidara un tema que por feliz casualidad relacionara artística y arqueológicamente su querida Cataluña con su amada Córdoba.

En el apretado texto aparecido en 1930, alarde de información histórica y arqueológica, planteó con cimientos por vez primera seguros la influencia del arte califal en Cataluña a través del análisis de una larga serie de basas y capiteles del siglo xi. Esta valiosa aportación no era posible sin un gran conocimiento de las características propias de los capiteles; al comienzo de su artículo confiesa don Félix que el estímulo para escribirlo procede de «la preparación de un estudio de conjunto acerca de la formación, evolución e influencias del capital hispano-musulmán durante el período en que Córdoba es el foco director del movimiento artístico del Andalus». Sabemos por un artículo publicado en 1931 por su colaborador don Manuel Ocaña, hoy máximo especialista en epigrafía cúfica, que desde hacía años preparaba sobre el tema un magno estudio del que se esperaban notables resultados renovadores «dado el enorme caudal de conocimientos —decía Ocaña— que el indicado arqueólogo posee para emprender tan importante trabajo». No sabemos en qué estado de elaboración ha dejado don Félix esta monografía. Parece seguro que un resumen de algunas de sus pacientes observaciones se encuentra en el artículo sobre las basas y capiteles catalanes del siglo xi con influencia califal, que constituye todavía hoy una buena guía para definir las características diferenciales de las basas y capiteles califales cordobeses.

Cataluña sigue apasionándole, con visión también cordobesa, en su estudio de 1932 sobre San Miguel de Cuixá, que considera como iglesia del ciclo mozárabe catalán. Este artículo dio a conocer por vez primera al mundo científico esa vieja iglesia monástica catalana que actualmente se considera el más importante monumento de los siglos x y xi de todo el Sur de Francia. Levantó un exactísimo plano de la iglesia del año 974, señalando los distintos tipos de estructuras; acompañan al estudio minuciosas observaciones, gran número de documentos históricos y muchos paralelos arqueológicos. Con todo ello demostró una tesis que hoy algún arqueólogo extranjero pretende trabajosamente rebajar.

Los trabajos en Cataluña, por un arqueólogo al que imaginaban forastero, le proporcionaron por su sagacidad en seguida un renombre entre los estudiosos. Por entonces, el eminente historiador del arte, Puig i Cadafalch, preguntó, según dijo Florensa, «¿Quién es ese arquitecto andaluz, Hernández, que tanto se interesa por Cuixá?» Cuando se le contestó que había nacido y estudiado en Barcelona, quedó muy sorprendido. El mundo erudito oficial de Madrid ya le conocía también, por sus trabajos en Medina Az-Zahra y por sus publicaciones. Sabemos que para la elaboración del estudio sobre Cuixá tuvo alguna relación personal con don Manuel Gómez-Moreno. Su incipiente y sólida fama de seriedad científica y sus relaciones permitieron que en 1933 y en 1935 se le pensionara, a propuesta de la Junta de Ampliación de Estudios, para realizar una investigación titulada «Influjo del Arte del Califato de Córdoba en Francia», también inconclusa, aunque algunos de sus materiales, en lo referente a campanarios franceses, han sido aprovechados en su libro recientísimo sobre el alminar de la Mezquita cordobesa.

— 0 —

Hemos intentado dar una visión panorámica de ciertos aspectos de la vida profesional de don Félix Hernández, de algunas de sus aportaciones más significativas que abrieron nuevos campos a la investigación, de su escrupulosísima labor investigadora y restauradora más atenta a los hechos reales y comprobados que a las hipótesis brillantes y al lucimiento personal. Quedan en el tintero otras muchas obras, publicadas o inéditas, y sobre todo un cúmulo de anécdotas y hechos que nos darían lo más valioso de su personalidad: su talla de hombre bueno, discreto, amable, rectísimo, prudente, con abundantes rasgos de inteligente humor.

— 0 —

Por modestia rehuía sistemáticamente todo lo que supusiera autobombo o propaganda de su valiosa labor. En Córdoba mismo, sede de sus más brillantes actuaciones, apenas se le conocía ni reconocía públicamente, salvo entre el grupo de la erudición local, y así fue miembro de la Comisión Provincial de Monumentos, de la Comisión para el Estudio de los Monasterios Mozárabes Cordobeses, de la Comisión Pro-

vincial de Protección del Patrimonio Histórico-Artístico, Miembro Numerario de la Real Academia de Córdoba, etc. También fue correspondiente en Córdoba de la Real Academia de la Historia y de la Real de Bellas Artes de San Fernando y de la barcelonesa de Bellas Letras. Tenía, además, el nombramiento de Miembro Ordinario del Instituto Arqueológico Alemán. Entre las condecoraciones, poseía la Encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio, la Medalla de Oro al Mérito de las Bellas Artes, la Medalla de Oro al Mérito Turístico, Medalla de Oro del Colegio de Arquitectos de Andalucía y Badajoz, y otras más que no recuerdo, entre ellas la de una nación hispanoamericana. En mayo de 1964 recibió la investidura de Doctor Honoris Causa por la Universidad Técnica de Berlín, y muy recientemente el mismo honor le ha concedido la Universidad de Granada.

— 0 —

Se resiste todavía al ánimo a aceptar la evidencia de una pérdida tan insustituible. Hasta unas semanas antes, ya inválido y gravemente enfermo, ha seguido escribiendo con pulso incierto sobre sus temas preferidos, en investigaciones truncadas por la muerte inexorable. A pesar de su cansancio, cuando los que llegan a su edad suelen disfrutar de un merecida jubilación, a sus casi ochenta y seis años, continuó rindiendo al tope con mente clara obedeciendo como siempre, como un joven, a la apasionada autenticidad de sus convicciones.

En sus últimos días tuvo el consuelo de verse rodeado, además de su familia, de amigos, colaboradores y admiradores. Personalidades de la localidad, de otras ciudades españolas, algunas muy alejadas, y varios eminentes investigadores extranjeros, viajaron adrede a Córdoba en esas semanas de sufrimiento agotador. Confortado por las frecuentes charlas, casi diarias, con un virtuoso sacerdote antiguo amigo suyo recibió el jueves 15 de mayo los últimos Sacramentos con plenísima lucidez. A partir de ese momento apenas se recuperó. A las siete y cuarto de la tarde del sábado 17 de mayo de 1975 expiraba dulcemente. El estudioso y restaurador de tantas iglesias, monasterios y capillas entraba ya en la gran catedral del cielo. Con don Félix bajan al sepulcro muchos siglos de historia. Hemos perdido un sabio, más aún un Maestro, y también un caballero de otros tiempos. Descanse en paz.

TRABAJOS PUBLICADOS

Excavaciones en Medina Azahara (Córdoba). Memoria de los trabajos realizados por la Comisión Delegado-Directora. Madrid, 1924. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Memoria núm. gral. 67 y núm. 7 de 1923-24. (En colaboración con R. Jiménez, R. Castejón, E. Ruiz y J. M. de Navascués.)

Noticia acerca del Korán del califa Osmán. «Bol. R. Academia de Córdoba», año IV, 1925, pp. 301 ss.

Excavaciones en Medina Az-Zahara (Córdoba). Memoria de los trabajos realizados por la Comisión Delegado-Directora. Madrid, 1926. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Memoria núm. gral. 85 y núm. 3 de 1925-26. (En colaboración con R. Jiménez, E. Ruiz y R. Castejón.)

Arte musulmán. La techumbre de la Gran Mezquita de Córdoba. Archivo Español de Arte y Arqueología, IV, 1928, pp. 191-225, 96 figs.

Un aspecto de la influencia del arte califal en Cataluña. (Basas y capiteles del siglo XI). Archivo Español de Arte y Arqueología, VI, 1930, pp. 21-49, 40 figs.

San Miguel de Cuixá, iglesia del ciclo mozárabe catalán. Archivo Español de Arte y Arqueología, VIII, 1932, pp. 157-199, 16 figs.

Estudios de Geografía Histórica Española, I: El ribàt de Kaskàllu en la provincia de Marmaria. «Al-Andalus», IV, 1936-39, pp. 317-332.

Estudios... II: Bury al-hamma = Burgalimar = Castillo de Baños de la Encina. «Al-Andalus», V, 1940, pp. 413-436.

The Alcazaba of Mérida 220 H (835); en K. A. C. Creswell. The Early Muslim Architecture, Cap. VII (Early Abbasids, Umayyads of Córdoba. Part. II, Aghlabids Tulumids and Samanids, A. D. 751-905), Oxford, Clarendon Press, 1940 7p. 197-207.

Estudios... III: Munturi, Muntwri, Montaire. «Al-Andalus», VI, 1941, pp. 129-134.

Estudios... IV: Mumagsar y Madanis, Monmagastre y Meya. «Al-Andalus», IV, 1941, pp. 339-355.

Estudios... V: Sobre el topónimo Zafra. «Al-Andalus», VII, 1942, pp. 113-125.

Estudios... VI: Sumit, Granja de Somet. «Al-Andalus», VII, 1942, pp. 337-345.

Estudios... VII: Gafi, Gahet, Gahete = Belalcázar. «Al-Andalus», IX, 1944, pp. 71-109.

Estudios... VIII: Sobre los topónimos árabes correspondientes a los actuales «Santalla», «Coruche», «Flix» y «Ciurana». «Al-Andalus», XIV, 1949, pp. 321-337.

Estudios... IX: El Monte y la provincia «del Puerto». «Al-Andalus», XVII, 1952, pp. 319-368.

El cruce del Odiel por la vía romana de Ayamonte a Mérida. «Archivo Español de Arqueología», XXXI, 1958, pp. 126-152, 7 figs.

Estudios... X: El camino de Córdoba a Toledo en la época musulmana. «Al-Andalus», XXIV, 1959, pp. 1-62, 1 mapa y 1 fig.

El Alimbar móvil del siglo X de la Mezquita de Córdoba. «Al-Andalus», XXIV, 1959, pp. 381-399, 6 figs.

Estudios... XI: La kra de Mérida en el siglo X. «Al-Andalus», XXV, 1960, pp. 313-371.

El codo en la historiografía árabe en la Mezquita mayor de Córdoba. Contribución al estudio del monumento. Madrid, 1961, 56 p. y 9 figs. f. t. (estudio del que hay traducción alemana por K. Brisch: Die Elle in der arabischen Geschichtsschreibung über die Hauptmoschee von Córdoba, «Madrider Mitteilungen», 1, 1960, pp. 182-223, 7 figs).

Estudios... XII: Ragwal y el itinerario de Musà, de Algeciras a Mérida. «Al-Andalus», XXVI, 1961, pp. 43-153, con 9 láminas y 1 plano.

Estudios... XIII: El Fayy al-Sarrat, actual puerto de Somosierra. «Al-Andalus», XXVII, 1962, pp. 267-279, con 2 mapas.

Buwayb = Bued = Cabeza del Buey. «Al-Andalus», XXVIII, 1963, pp. 349-380, 1 mapa.

Acerca de Majadat al-Fat y Saguyue. «Al-Andalus», XXIX, 1964, pp. 2-21, 2 mapas.

El convencional espinazo montañoso de orientación Este-Oeste que los geógrafos árabes atribuyen a la Península Ibérica. «Al-Andalus», XXX, 1965, pp. 201-275.

Los caminos de Córdoba hacia el Noroeste en época musulmana. «Al-Andalus», XXXII, 1967, pp. 37-123 y 277-358, 1 mapa.

La travesía de la sierra de Guadarrama en el acceso a la raya musulmana del Duero. «Al-Andalus», XXXVIII, 1973, pp. 69-185 y 415-454, con 1 mapa.

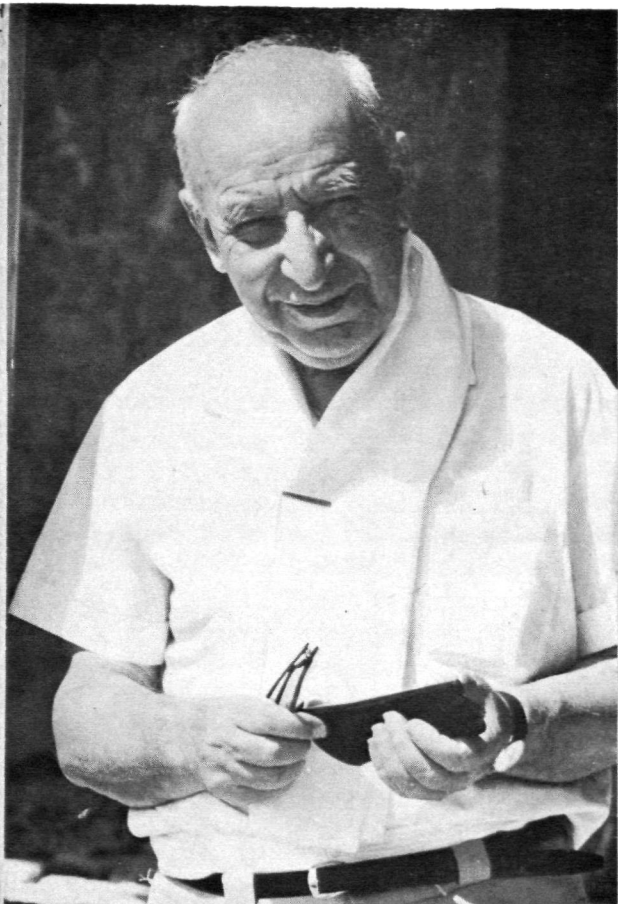
El Alminar de Abd Al-Rahman III en la Mezquita mayor de Córdoba. Génesis y repercusiones. Granada (Patronato de la Alhambra), 1975, 307 pp., 56 figs. y 92 láminas f. t.

II. RESTAURACIONES Y TRABAJOS DE CAMPO

- Dolmen de Matarrubilla. Valencina del Alcor (Sevilla).
- Dolmen de Soto. Trigueros (Huelva).
- Dolmen de la Pastora. Castilleja de Guzmán (Sevilla).
- Restituciones en la escena y cávea del Teatro Romano de Mérida (Badajoz).
- Conservación y restitución del anfiteatro romano de Itálica (Sevilla).
- Excavación y parcial anastilosis de un templo romano en Córdoba.
- Excavaciones arqueológicas en Nueva Carteya (Córdoba).
- Exploraciones en diversas vías y puentes de época romana.
- Consolidaciones, reparaciones y excavaciones en el oratorio, patio y alminar de la Mezquita Mayor de Córdoba.
- Excavaciones, consolidaciones, resauraciones y anastilosis en la ciudad palacio de Medina az-Zahra (Córdoba).
- Consolidación y restauración del patio de la Mezquita Mayor de Sevilla, hoy Catedral.
- Restauración de la mezquita almohade de Cuatrohabitan (Sevilla).
- Exploraciones para la localización de monasterios mozárabes en la sierra de Córdoba.
- Exploraciones en diversas vías y puentes de época musulmana.
- Levantamiento de la planta de diversas fortalezas musulmanas.
- Restauración del torreón en el recinto medieval de Luque (Córdoba).
- Restauración de la Sinagoga de Córdoba.
- Restauración de la iglesia de Santa María, Trasierra (Córdoba).
- Restauración de la iglesia de San Marcos, Sevilla.
- Restauración de la iglesia de Santa Marina, Sevilla.
- Restauración del Monasterio de San Isidoro del Campo, Sevilla.
- Restauración del Convento de la Madre de Dios, Sevilla.
- Estudio del Palacio del Conde de Palma, hoy convento llamado «Las Teresas», Ecija (Sevilla).
- Restauraciones en la Iglesia de Santa María, San Lúcar la Mayor (Sevilla).
- Restauraciones en la Iglesia de San Pedro, San Lúcar la Mayor (Sevilla).
- Restauración de la noria llamada «La Albolafia», Córdoba.
- Proyecto y ejecución de la nueva sala capitular de la Catedral de Córdoba.
- Restauración de la Iglesia de San Felipe Neri, Cádiz.
- Restauración de la Cartuja de Nuestra Señora de la Defensión, Jerez de la Frontera (Cádiz).
- Restauración de la Iglesia de San Marcos, Jerez de la Frontera (Cádiz).
- Restauración de la Iglesia de Santa María, Arcos de la Frontera (Cádiz).
- Restauración de la Iglesia de Santa María, Medina Sidonia (Cádiz).

Restauración de la Iglesia del Colegio de San Hermenegildo, Sevilla.
 Restauración de la Iglesia de Santa Ana de Triana (Sevilla).
 Restauración de la Capilla del Seminario Antiguo, Sevilla.
 Restauración de la Capilla de la Antigua Universidad, Sevilla.
 Restauración de la Capilla de San José, Sevilla.
 Restauración de la Iglesia Mayor de Lebrija (Sevilla).
 Restauración de la Colegiata de Osuna (Sevilla).
 Restauración del Monasterio de Tentudia (Badajoz).
 Restauración del Monasterio de Calera de León (Badajoz).
 Restauración de la Iglesia del Castillo de Aracena (Huelva).
 Restauraciones en el Castillo de Bélmez (Córdoba).
 Restauración del Alcázar y Torre del Moral en Lucena (Córdoba).
 Restauración en el Castillo de Zahara de los Membrillos (Cádiz).
 Restauración del Castillo de Jimena de la Frontera (Cádiz).
 Restauraciones en la Puerta de Córdoba, Sevilla.
 Restauraciones de los restos de época Omeya en las murallas y puertas del Alcázar de Sevilla.
 Restauración de la fortaleza de Alcalá de Guadaira (Sevilla).
 Restauración en el Castillo de Almonaster la Real (Huelva).
 Restauraciones en el recinto fortificado de Niebla (Huelva).
 Restauraciones en la Alcazaba de Mérida (Badajoz).
 Restauraciones y exploraciones en la Alcazaba de Badajoz.
 Restauración del Palacio de los Páez de Castillejo para Museo Arqueológico de Córdoba.
 Adaptación del Palacio Renacimiento (construido durante la Exposición Iberoamericana) para Museo Arqueológico de Sevilla.

Foto: G. Kirchner



Madinat az-Zahrā' 1970

*A mi buena esposa Lucía Jari
Vicent me lo regaló*
Félix Hernández

Félix Hernández